

Una pincelada sobre Fernando Charry Lara

*Por: Fernando Herrera Gómez **

Subía yo una mañana de sol por la avenida 94 del norte de Bogotá, habiéndome acabado de bajar de un bus municipal en la autopista. En esa conversadera sabrosa que tiene a veces uno con uno mismo, cuando las cosas no andan mal del todo y cuando un ángel puro ha ahuyentado de buena manera al otro ángel, al sombrío, al que nunca nos abandona, cuando, no recuerdo en qué iría pensando, de pronto vino a mi mente un verso de Fernando Charry Lara. Yo iba hacia el Banco del Comercio en la esquina de la 94 con 15 —donde con alguna frecuencia me encontraba con él haciendo cada uno sus modestas transacciones—. Recordé el verso: “quisiera con mis brazos asir el bello Oeste” de un poema llamado “Tristeza del Oeste”. No sé por qué no fue alguno de “Llanura de Tuluá”, que es de los más hermosos y terribles de cuantos se han escrito sobre lo que hemos dado en llamar en Colombia época de La Violencia —como si hubiera habido una sola— en el que aparecen resonancias del “Viaje a Citeres” de Baudelaire. En “Tristeza del Oeste” hay, en cambio, una sutil melancolía, una impalpable desazón, “un no sé qué que queda balbuciendo” —para decirlo con San Juan— que atraviesa el poema desde la primera línea hasta la última. Levanté la mirada, y vi allí parado, con su gabardina sobre el antebrazo, como siempre la llevaba, al poeta sonriente. Lo saludé y le dije: “mira qué curioso, venía recordando un verso tuyo”. Me miró con sorna y habló de otra cosa.

Tristeza del Oeste

Qué triste es el Oeste, de colores tan claros,
Ausentes, al abrigo de todo lo perdido:
Ahora tierra parda, sin forma y en silencio.
No se sabe si ríos la crucen soñolientos.

Tampoco si de valles, de cansados caminos.
Si de nubes, su cielo, esas blancas espumas.
No hay nada, sólo crecen los sueños del olvido
Sobre el impenetrable corazón del paisaje.

Quisiera con mis brazos asir el bello Oeste,
Su fugitiva luz, su dorada tristeza
Que resplandece, pura, en el aire vacío,
Con un fulgor monótono de llanura sedienta.

Los hombres del crepúsculo que sueñan horizontes
Mirando el encendido temblor de los ocasos,
Como un bosque de grandes sombras deshabitadas
Ven hundirse en la noche la tierra del Oeste.
(De *Nocturnos y otros sueños*, 1949)

Llanura de Tuluá

Al borde del camino, los dos cuerpos
Uno junto del otro,
Desde lejos parecen amarse.

Un hombre y una muchacha, delgadas
Formas cálidas
Tendidas en la hierba, devorándose.

Estrechamente enlazando sus cinturas
Aquellos brazos jóvenes,

Se piensa:

Søñarán entregadas sus dos bocas,
Sus silencios, sus manos, sus miradas.

Mas no hay beso, sino el viento,
Sino el aire
Seco del verano sin movimiento.

Uno junto del otro están caídos,
Muertos,
Al borde del camino, los dos cuerpos.

Debieron ser esbeltas sus dos sombras
De languidez
Adorándose en la tarde.

Y debieron ser terribles sus dos rostros
Frente a las
Amenazas y relámpagos.

Son cuerpos que son piedra, que son nada,
Son cuerpos de mentira, mutilados,

De su suerte ignorantes, de su muerte,
Y ahora, ya de cerca contemplados,
Ocasión de voraces negras aves.

(De *Los adioses*, 1963)

* **Fernando Herrera Gómez** (Medellín-Colombia, 1958) es poeta, traductor, reseñista, editor y gestor cultural. Ha publicado los libros de poesía: *En la posada del mundo* (Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, 1985), *La casa sosegada* (1999), *Sanguinas* (Premio VIII Concurso Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, 2003), *Bocetos mexicanos* (Residencia artística en México, 2004) y *Breviario de Santana* (Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura, 2007).